

C-X

GETSEMANÍ.

ORACION Y ESPIACION DE J. C.

PRESENTADA POR EL

Ilmo. Sr. Obispo de Lérida,

A SUS DIOCESANOS

EN LA CUARESMA DE 1898.



LÉRIDA.

Imprenta, Librería y Encuadernaciones de José Pla.

1898.

PPLA-1/0022

GETSEMANÍ.

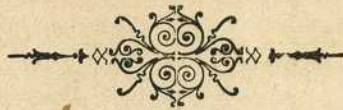
ORACION Y ESPIACION DE J. C.

PRESENTADA POR EL

Ilmo. Sr. Obispo de Lérída,

A SUS DIOCESANOS

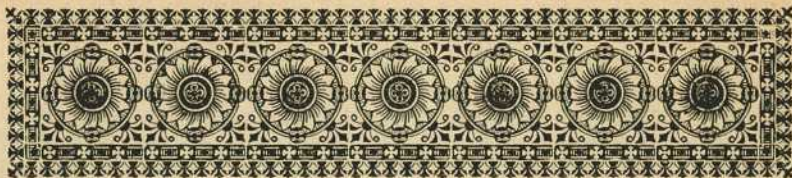
EN LA CUARESMA DE 1898.



LÉRIDA.

Imprenta, Librería y Encuadernaciones de José Pla.

1898.



Nos Dr. D. José Meseguer y Costa, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Lérida, etc., etc.

Al Venerable Dean y Cabildo de nuestra S. I. C. Clero, Autoridades, Comunidades Religiosas y fieles todos del Obispado, salud y gracia en N. S. J. C.

Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum? Joan. XVIII. 11.

El caliz que me ha dado mi Padre, he de dejar de beberle? Joan. XVIII. 11.



El conocimiento de Dios V. H. y A. H. se inicia en nuestra alma por el estudio de J. C., y para que este sea provechoso, nada tan acertado como meditar la obra mas grande de cuantas hizo: su *Pasion* sacratisima. No es nuestro ánimo, esponer todos los misterios que el evángelio nos refiere, desde que Jesús subió á Jerusalem y lloró sobre ella, (1) hasta que pronunció aquel soberano *Consummatum est*, en el arbol de la Cruz. Son tantas las emociones que producen y tan tiernos los sentimientos que despiertan, que si se reflexionan detenidamente, no es posible resistir la vehemencia de afectos que oprimen el corazon.

Por esto nos limitaremos á acompañar al Redentor solamente en el huerto de *Getsemani*, para estudiar su oracion y su espacion. Le contemplaremos allí apartarse de los

(1) Luc. XIX, 41.

Apóstoles, entrar en la misteriosa gruta, y cruzadas las manos, suelta la cabellera, anhelante el pecho, postrarse en tierra, dar expansion á las comprimidas lágrimas, elevar su oracion al Eterno Padre, regar el suelo con el sudor de su agonía convertido en sangre, y representándose el caliz de su amarguísima pasión, y la traición de Judas, pronunciar con énfasis estas memorables palabras: *¿Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* El caliz, que me ha dado mi Padre, he de dejar de beberle? (1)

He aquí una sentencia digna de un Dios! Ella es el eco del Testamento antiguo, y abre las puertas del nuevo, enseñándonos que la ley vieja es una profecía de la Pasión del Verbo humanado, y la ley de gracia se comprendía toda, en la voluntad que tiene Cristo, de padecer para satisfacer por nuestros pecados. *Getsemani* es la primera etapa del dolor ¡ay! La sociedad presente, tiene su *Getsemani* en la historia moderna, y España nuestra amada patria, aun puede erguir su noble frente, é inspirándose en la agonía del Hijo del hombre, acercar su corazón al corazón del divino Nazareno, apurar triste, pero con ánimo espiatorio, el caliz de amargura que acercan á sus labios hijos desnaturalizados, y vislumbrar una esperanza de salvación.

Meditemos esto en la Santa Cuaresma. Las circunstancias que nos rodean son muy semejantes á las en que se encontraba J. C. al comenzar su Pasión. Satanás azuzaba á los enemigos del Salvador, porque no podía sufrir los estupendos milagros que llenaban el orbe, y quería acabar con la vida del Hijo de una Virgen, porque este misterio hacia sombra á su desmedido orgullo. Puntualmente, en el tiempo en que vivimos, el pueblo español, único que ostentaba el verdadero título de católico en el universo, sufre las asechanzas del tentador, que quiere destronar al Rey de los reyes y al Señor de los que dominan. Judas, pretende ser el tipo de la sociedad moderna, pero el pueblo de Pelayo, y de S. Fernando, no lo consentirá. Sufrirá resignado la prueba que Dios permite, y vencerá orando y trabajando, como el divino Maestro. He aquí las sencillas reflexiones que en el santo tiempo en que vamos á entrar, pueden elevar nuestras almas hasta el trono del Altísimo, para atraer su bondad y alcanzar su misericordia demostrándonos que *Getsemani*, es la escuela de oración, la fortaleza en nuestra debilidad, el consuelo en nuestras desgracias, y el ejemplo en el bien obrar.

I.

Terminada la oración, después de la memorable última cena que Jesús tuvo con sus discípulos, salió con ellos á la

(1) Joan. XVIII, 11.

otra parte del torrente Cedron, y fué según su costumbre al monte del olivar. Dejemos á los mismos evangelistas, que refieran lo allí ocurrido. Entre tanto, dice S. Mateo, llegó Jesús con ellos á una granja llamada *Getsemani*, y les dijo: sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. (1)

Ante todo, debemos hacer composición de lugar, y con los datos que nos proporciona el P. Geramb y otros viajeros, recordar que este huerto tiene la extensión de unos cien pasos cuadrados. En él existen unos olivos extraordinariamente corpulentos, de una antigüedad tan notable, que puede muy bien creerse existían ya en tiempo de J. C. Los PP. Franciscanos de Tierra Santa, hacen rosarios con los huesos de sus frutos. El lugar donde Jesús hizo su memorable oración, es una cueva, que aun se conserva en el mismo estado que tenía en su tiempo, con la sola diferencia de que entonces su entrada estaba al nivel del suelo, y ahora se baja á ella por ocho escalones. Según Goujon, tiene 66 palmos de largo, con 42 de ancho y recibe la luz por una abertura redonda hecha en la bóveda, la cual está sostenida por tres pilares del mismo peñasco. El sitio que el Salvador regó con su sangre, está señalado con un altar. (2) El monte Olivete se divide en tres partes, cada una de las cuales tiene su senda: al norte la montaña de los galileos, al mediodía la del escándalo, ó de la ofensa, y en medio la de la Ascension. (3)

Y llevándose Jesús consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, *Santiago y Juan*, empezó á entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma siente angustias mortales, aguardad aquí, y velad conmigo. (4) Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Sabía Jesús que no se podía revocar este decreto eterno, pero convenía para nuestra instrucción, que dejase obrar sola á la naturaleza humana, de la misma manera que hubiera obrado sin la unión á la divina, y no hubiese sabido el decreto, con lo que nos enseña como hemos de obrar cuando la Providencia nos pone en semejantes circunstancias. En esto se le apareció un Ángel del cielo confortándole, porque puesto en agonía, postrado en tierra, redoblaba sus súplicas, para que si posible fuera, pasase de él aquella hora. Y vino un sudor de gotas de sangre que chorreaba hasta la tierra. (5) ¡Tremendo espectáculo!

(1) Math. XXVI, 36.

(2) A. Sant Vida de J. C.

(3) Michaud, citado en la Historia de Tierra Santa de M. R. S.

(4) Math. XXVI, 37 et seq.

(5) Luc. XXII, 43 et seq.

Vemos aquí que J. C. se prepara á su Pasion orando, que persevera en la oracion, que la enseña á los discipulos, y en ellos á nosotros, de palabra y con el ejemplo. Más para penetrarnos de la importancia de la oracion, atendamos á lo que sigue refiriendo el sagrado texto: Viene despues á los tres, y hallólos dormidos. Y dice á Pedro: ¿Simon, tu duermes? ¿aun no has podido velar una hora? Velad y orad para que no caigais en la tentacion. El espíritu á la verdad está pronto, *es esforzado*, pero la carne es flaca. Nótese que no le llama Pedro, que significa firmeza, para indicar que sabía la debilidad que despues había de vencerle. Fué otra vez á orar, repitiendo las mismas palabras, y habiendo vuelto, los encontró de nuevo dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabían que responderle. Al fin vino tercera vez, y les dijo con dulce ironía: ea, dormid y reposad, y luego recobrando su energía: basta ya, la hora es llegada, ved aquí que el Hijo del hombre, va á ser entregado en manos de los pecadores. (1)

¡Qué bien conoce Jesús los secretos del corazon humano! ¿Y qué remedio eficaz propuso á los grandes males? Ya lo veis, una cosa bien sencilla: *la oracion*, una cosa fácil: la elevacion del alma á Dios, una cosa altamente meritoria: la humildad, una cosa provechosísima: la resignacion. ¡Qué leccion tan edificante da á los superiores y á los padres de familia, en la recomendacion de la vigilancia! No nos cansemos, pues, de aprender del Divino Maestro, que la *oracion* y la *vigilancia*, son los dos medios más poderosos para vencer toda tentacion, á fin de que libre nuestro espíritu de estas terribles trabas, pueda elevarse á la region serena del conocimiento y posesion de Dios.

Detengámonos un momento ante el terrorífico aspecto de Jesús todo ensangrentado. Consideremos cual sería la intensidad de su dolor, que no solo le hizo exhalar hondos suspiros y derramar ardientes lágrimas, sino que le oprimió con tanta vehemencia que le obligó á sudar sangre por todo su sacratísimo cuerpo. Justo es que busquemos la causa de tal extremo, y sin duda la hallaremos en su amor y en la gravedad del pecado que venia á redimir. Si, esta es la causa de que el *Varon de dolores que conoce la enfermedad* (2) no haya rehusado nada, ni se haya contentado con una gota de sangre que siendo de un mérito infinito, bastaba para redimir mil mundos, sino que la haya prodigado toda para lavar nuestras iniquidades.

Meditando las causas del dolor de Jesús, resalta mas su divinidad, porque un hombre no puede abarcar con su pobre inteligencia, ni con su voluntad limitada, los horizontes á

(1) Marc. XIV, 37 et seq.

(2) Isai. LIII, 3.

que se estiende la caridad de un Dios. Primeramente sentia el cansancio y fatiga corporal del trabajo de aquel dia, porque vino de Betania á Jerusalem, celebró la Pascua y cena del cordero legal, lavó los pies á sus discipulos dándoles ejemplo de profundísima humildad y muestras de regaladísimo amor, instituyó el SSmo. Sacramento, con que los alimentó, pronunció aquel largo razonamiento y aquella sublime oracion, en que derramó las riquezas de su caridad, procurando por todos los medios posibles consolarlos y animarlos. (1)

Había sufrido á Judas en la misma mesa, y aunque en ella había estrechado contra su corazon al *discipulo amado*, había recibido testimonios de amor de sus Apóstoles, cuya ansiedad se retrataba en sus semblantes. cuando les anunció que uno de ellos le había de entregar, sin embargo había peleado con la dureza de aquel corazon en que había entrado Satanás, y despreciaba las caricias de Jesús, desviándose de su afectuoso llamamiento, y obstinándose en su eterna condenacion. Sin duda tambien le aflijó en gran manera, la despedida de su SSma. Madre, y la espada de dolor que atravesaba su maternal corazon, (2) hería tambien el corazon tiernísimo de Jesús. Además el odio y la mala voluntad de sus enemigos, el desamparo de sus amigos, la cercana y segura muerte y la ingratitud de muchos, eran motivo bastante para rendirle y anonadarle. Pero su infinito amor triunfa de todo, y renovando la ofrenda que había hecho al Eterno Padre, se pregunta: el caliz que me ha dado podré dejar de beberle?

He aquí el don que se ofrece al Eterno Padre: una sangre que habla mejor que la de Abel, (3) y que para purificar la tierra del pecado, se prodiga hasta caer en ella. ¡Oh dichosa gruta de Getsemani, santuario del dolor, testigo de la afliccion del Redentor del mundo, copa de oro que recojes lágrimas más preciosas que perlas, y gotas de sangre más generosa que la de todos los conquistadores! Aquí haremos nuestra morada en la presente Cuaresma, pegada nuestra frente al suelo como el publicano, sin levantar los ojos, (4) besando esta tierra santificada con la sangre del Cordero inmaculado, ejercitando nuestra humildad, nuestra fé y nuestra perseverancia, para que se remedien todos los males que nos aquejan, porque *Getsemani es la escuela de la oracion*.

II.

Pero es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, y se inicie el sacrificio espiatorio, que

(1) Palma. Hist. de la Pasion.

(2) Luc. II, 35.

(3) Hebr. XI, 24.

(4) Luc. XVIII, 40.

se ha de consumir en el Gólgota. Levantaos de aquí, dice Jesús, á sus Apóstoles, y vamos, que ya el *traidor* está cerca. Estando todavía hablando, llega Judas Iscariote, uno de los doce acompañado de mucha gente armada con espadas y con garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes, por los escribas y por los ancianos, ó senadores del pueblo. El *traidor* les habia dado una seña: A quien yo besare, él es, prendedle, y conducirle con cautela. (1) Y Jesús, que sabia todas las cosas que le habian de sobrevenir, salió á su encuentro, y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle: A Jesús Nazareno. Díceles Jesús: *Yo soy*. Estaba tambien entre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, les dijo: *Yo soy*, retrocedieron todos, y cayeron en tierra. Levantados que fueron, les preguntó Jesús segunda vez: ¿A quien buscáis? Y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Replicó Jesús: Ya os he dicho que *Yo soy*: ahora bien si me buscáis á mi, dejad ir á estos. Para que se cumpliese la palabra que habia dicho: ¡Oh Padre! *ninguno he perdido de los que tu me diste*. (2)

Es de una valentía toda divina, la exclamacion de J. C. al Padre: *ninguno he perdido de los que tu me diste*. Aquí descubre el secreto de su amor, pues para que nadie se pierda, acepta en Getsemaní la inmensa responsabilidad de nuestras culpas. Ya lo oís V. H. y A. H. El hombre es un *don* que ha hecho el mismo Dios á su Hijo. Jesús nos mira como un tesoro precioso: ¿puede darse mayor dignificacion que la contenida en estas palabras? Miremos pues la nobleza de nuestra alcurnia, somos *hijos de Dios*, Jesús nos ama como la niña de sus ojos, y para decirlo con tanta gracia como El, nos congrega al calor de sus virtudes, *como la gallina reúne á sus polluelos*. (3)

Grandes son los deberes que nos impone la estremada diligencia con que este Padre amoroso nos mantiene, la sabiduría con que este Maestro sapientísimo nos enseña, el acierto con que este Rey soberano nos gobierna. Cuando venimos al mundo, no tenemos mas pecado que el de origen, y apenas abrimos los ojos á la razon, ya nos asfixiamos en una atmósfera mofética de pecados que nos persiguen por todas partes. ¿De donde procede esto? De que no procuramos lo que nos enseña J. C. cuando da cuenta al Eterno Padre de su mision, y la resume en estas palabras: *ninguno he perdido de los que tu me diste*. Oh memorable sentencia, como acusas nuestra volubilidad, y el poco aprecio que hacemos de la salvacion.

Autoridades, padres de familia, gefes de establecimientos de toda clase, Maestros, permitidme que os pregunte: ¿habeis recibido vuestros hijos como un *don de Dios*? ¿Habeis trabajado en su educacion de modo que podais vanagloriaros de

(1) Marc. XIV, 42 et seq.
(2) Joan. XVIII.
(3) Math. XXIII, 27.

que no se han perdido? ¿Habeis apartado á vuestros subordinados del mal camino, y los habeis guiado por el bueno? ¿Habeis enseñado á vuestros discípulos la doctrina verdadera, y los habeis corregido cuando convenia? Para hacer bien esto se necesita grabemos todos en nuestro entendimiento y en nuestro corazon las palabras del Salvador, y hagamos siempre cuanto está en nuestra parte, para que ninguna de las almas confiadas á nuestro cuidado, se pierda. Lo contrario seria declararnos traidores, y acarrear sobre nuestras conciencias la maldicion de Judas.

No hay lengua humana que pueda ponderar los misterios que se encierran en este pasaje. Indudablemente esta debió ser la amarga hiel, que Jesús no quiso beber en el calvario: *la traicion*. Porque es tan horrendo el crimen de Judas, que al considerarlo, no hay fuerza para resistir un arranque de indignacion. Despues de haberle Jesús llamado, no solo con la vocacion general como á todo hombre que viene al mundo, sino con la especial de *Apostol*, para hacerle instrumento de sus misericordias, despues de haberle puesto en apretura para que se arrepintiese tantas veces, señalándole de una manera que alarmó á sus colegas en el Apostolado, despues de manifestar la honda pena que acibaraba su corazon, cuando ya se veía la obstinacion en el pecado, aun se atreve este corifeo de Satanás, á acercarse á su Maestro, y á besarle. ¡Qué horror! Y como si eso no fuese bastante, ordena á los soldados y desalmada turba que habia reunido, prendan al Salvador, y ellos le echaron las manos y le aseguraron. (1) Entretanto Simon Pedro que tenia una espada, la desenvainó, y dando un golpe á un criado del Pontífice le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Pero Jesús dijo á Pedro. Mete tu espada en la vaina. El caliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberle? (2)

No uno solo, sino muchos, son los testimonios que aquí nos descubren la divinidad de J. C. y nos elevan al conocimiento de su bondad. La forma de oracion es enteramente original y desconocida hasta entonces, léanse las oraciones de los libros santos, y se verá que esta escede á todas en humildad, supera á todas en sublimidad, vence á todas en resignacion. Los sacrificios de Abel, Noé, Abraham, Aaron y Melquisedech, solo ofrecian víctimas de animales y diezmos. Corria en abundancia la sangre por el altar, el fuego consumía los holocaustos, el sacerdote y el pueblo se prostaban ante la magestad del Dios de Sabaoth, pero nunca el sacerdote se ofreció á si mismo, ni mezcló su sangre con la del sacrificio, ni hubo sacrificador tan inocente, ni tan generoso, ni tan magnánimo como Jesús.

(1) Marc. XIV, 47.
(2) Joan. XVIII, 10 et seq.

Nada desmerecen la oracion y la espiacion de J. C. por su tristeza mortal. Las pasiones que Cristo experimentó, ese temor que permitió le invadiese, no le causó cobardía, porque fué voluntario. No hay hombre mas fuerte, que el que teme cuando quiere. Las flaquezas de nuestra naturaleza son un manantial de energia, para el verdadero cristiano. Así lo dice el príncipe de nuestros oradores: Este temor tuyo, no es tuyo, sino mio; y aquella fortaleza de los mártires, no era de ellos sino tuya. Tu temes por lo que tienes de nosotros; y ellos se esforzaron por lo que tenían de tí. La flaqueza de mi humanidad descúbrese en los temores de Dios; y la virtud de tu deidad se muestra en la flaqueza del hombre. Así que, mio es ese temor, y tuya la fortaleza, y por eso mia es tu ignominia y tuya mi alabanza. (1)

Y aquellas oraciones que desde un ángulo del templo subian al cielo, como la que mezcló con sus lágrimas la madre de Samuel, (2) y la que con labio trémulo balbuceó la casta Susana, (3) y la que con tanta intrepidez elevó Judith, (4) y las lamentaciones de Jeremias, y los ayes dolorosos de Job, no eran otra cosa mas que pálidos bosquejos de la oracion de Jesús. Unas se dirigian tan solo á ahuyentar los males del cuerpo, otras á mitigar las aflicciones del espíritu, otras á remediar necesidades sociales, pero ninguna era bálsamo para todas las llagas, ni consuelo para todas las aflicciones, ni libertad universal de todas las servidumbres, ni espiacion del pecado, como la oracion del Verbo humanado, que penetró en el corazon del Padre y merecía ser oída por su reverencia. (5) Aprendamos pues á orar como J. C., y en la oracion encontraremos, *la fortaleza en nuestra debilidad.*

III.

El caliz de la Pasion, es como dice la Iglesia un misterio de fe: solo esta puede descubrirnos sus secretos. Si el pueblo español no ha dejado apagar la llama de esta virtud sobrenatural, aun puede mirar en este simbolo de los padecimientos de Jesús, el trofeo de su regeneracion. En el fondo de este caliz, hay una gota de sangre mas roja si cabe que el resto, de ella ha tomado España nada menos que su blason, y el color de su bandera. ¡Que doloroso ha sido para el Hijo de Maria, que mira la Iberia como su patrimonio, esprimir esta sangre de lo íntimo de su corazon!

El Profeta de los lamentos, vió sin duda personificada en Jerusalem, la decadencia de la *Nacion católica*, cuando exha-

(7) Granada: Arbol de la Cruz.

(1) I Reg. I, 10 et seq.

(2) Dan. XIII, 22.

(3) Jud. IX, 2.

(4) Hebr. V, 7.

ló un quejido doloroso y cantó con triste acento: ¡Como ha quedado solitaria, la ciudad antes tan populosa! La señora de las naciones ha quedado como viuda desamparada, la soberana de las provincias, es ahora tributaria. (1) Creemos, y no sin fundamento, que España se ha separado de los destinos providenciales que Dios le habia confiado. Hemos pecado, y con el pecado nos ha venido la anemia moral, y la miseria material, porque así como la justicia eleva á las gentes, el pecado hace miserables á los pueblos que lo cometen. (2)

En el órden moral, casi no se ve otra cosa, que el mas espantoso desbordamiento de las pasiones. Basta oír la conversacion, observar el movimiento, contemplar en que se ocupan las clases sociales, y se verá que en cualquier cosa, menos en lo que es necesario para restaurar la civilizacion verdadera, por la que pelearon nuestros mayores en la península y en sus colonias. Poco á poco se ha ido separando á Dios de todas partes, á la religion católica no le quedan mas que los templos, así es que no puede hacer sentir su benéfica influencia como antes, ni desarrollar su vida con las manifestaciones, que iban marcando las etapas del verdadero progreso moral, fundado en la virtud. Hay empeño marcado en conceder privilegios al error, puesto que los defensores de la verdad son postergados, si ya no se les reduce á la nada. Se ha introducido la disolucion en la familia, con el llamado matrimonio civil, pretesto á que se acoje la gente de mala vida, para huir los preceptos puestos por la Iglesia de Dios, para defender la santidad del hogar doméstico.

Sobre todos los males es deplorable, la indiferencia con que se mira la invasion del protestantismo, y la pujanza de la masonería, que amparadas por las leyes van minando el edificio social. Es público que en Madrid hay abiertas once capillas protestantes, y varias escuelas, asilos y hasta se trata de fundar una universidad, cuyo edificio hemos visto levantarse con actividad febril, desafiando las seculares instituciones que tanto honran á la capital de la Monarquía. Son varios los periódicos que han publicado listas de las logias masónicas que existen en España y sus colonias, funcionando con toda libertad, y envenenando todos los organismos sociales con que se relacionan.

Es decir, que estamos sobre un volcan, cuyo crater mal disimulado por ligera capa de ceniza, puede vomitar una erupcion de ardiente lava, en el momento menos pensado, y producir una conflagracion universal. ¡Pero que mas conflagracion ni mas infierno, que la blasfemia en boca de los niños, la insubordinacion en el ánimo de los adolescentes, el orgullo en las ocupaciones de los jóvenes, y el alejamiento de Dios, en las costumbres de muchas personas mayores,

(1) Thren. I, 1 et seq.

(2) Prov. XIV, 34.

Nada desmerecen la oracion y la espiacion de J. C. por su tristeza mortal. Las pasiones que Cristo experimentó, ese temor que permitió le invadiese, no le causó cobardía, porque fué voluntario. No hay hombre mas fuerte, que el que teme cuando quiere. Las flaquezas de nuestra naturaleza son un manantial de energía, para el verdadero cristiano. Así lo dice el príncipe de nuestros oradores: Este temor tuyo, no es tuyo, sino mio; y aquella fortaleza de los mártires, no era de ellos sino tuya. Tu temes por lo que tienes de nosotros; y ellos se esforzaron por lo que tenían de tí. La flaqueza de mi humanidad descúbrese en los temores de Dios; y la virtud de tu deidad se muestra en la flaqueza del hombre. Así que, mio es ese temor, y tuya la fortaleza, y por eso mia es tu ignominia y tuya mi alabanza. (1)

Y aquellas oraciones que desde un ángulo del templo subian al cielo, como la que mezcló con sus lágrimas la madre de Samuel, (2) y la que con labio trémulo balbuceó la casta Susana, (3) y la que con tanta intrepidez elevó Judith, (4) y las lamentaciones de Jeremías, y los ayes dolorosos de Job, no eran otra cosa mas que pálidos bosquejos de la oracion de Jesús. Unas se dirigían tan solo á ahuyentar los males del cuerpo, otras á mitigar las aflicciones del espíritu, otras á remediar necesidades sociales, pero ninguna era bálsamo para todas las llagas, ni consuelo para todas las aflicciones, ni libertad universal de todas las servidumbres, ni espiacion del pecado, como la oracion del Verbo humanado, que penetró en el corazon del Padre y merecía ser oída por su reverencia. (5) Aprendamos pues á orar como J. C., y en la oracion encontraremos, *la fortaleza en nuestra debilidad.*

III.

El caliz de la Pasion, es como dice la Iglesia un misterio de fe: solo esta puede descubrirnos sus secretos. Si el pueblo español no ha dejado apagar la llama de esta virtud sobrenatural, aun puede mirar en este símbolo de los padecimientos de Jesús, el trofeo de su regeneracion. En el fondo de este caliz, hay una gota de sangre mas roja si cabe que el resto, de ella ha tomado España nada menos que su blason, y el color de su bandera. ¡Que doloroso ha sido para el Hijo de Maria, que mira la Iberia como su patrimonio, esprimir esta sangre de lo íntimo de su corazon!

El Profeta de los lamentos, vió sin duda personificada en Jerusalem, la decadencia de la *Nacion católica*, cuando exha-

(7) Granada: Arbol de la Cruz.
(1) I Reg. I, 10 et seq.
(2) Dan. XIII, 22.
(3) Jud. IX, 2.
(4) Hebr. V, 7.

ló un quejido doloroso y cantó con triste acento: ¡Como ha quedado solitaria, la ciudad antes tan populosa! La señora de las naciones ha quedado como viuda desamparada, la soberana de las provincias, es ahora tributaria. (1) Creemos, y no sin fundamento, que España se ha separado de los destinos providenciales que Dios le habia confiado. Hemos pecado, y con el pecado nos ha venido la anemia moral, y la miseria material, porque así como la justicia eleva á las gentes, el pecado hace miserables á los pueblos que lo cometen. (2)

En el órden moral, casi no se ve otra cosa, que el mas espantoso desbordamiento de las pasiones. Basta oír la conversacion, observar el movimiento, contemplar en que se ocupan las clases sociales, y se verá que en cualquier cosa, menos en lo que es necesario para restaurar la civilizacion verdadera, por la que pelearon nuestros mayores en la península y en sus colonias. Poco á poco se ha ido separando á Dios de todas partes, á la religion católica no le quedan mas que los templos, así es que no puede hacer sentir su benéfica influencia como antes, ni desarrollar su vida con las manifestaciones, que iban marcando las etapas del verdadero progreso moral, fundado en la virtud. Hay empeño marcado en conceder privilegios al error, puesto que los defensores de la verdad son postergados, si ya no se les reduce á la nada. Se ha introducido la disolucion en la familia, con el llamado matrimonio civil, pretesto á que se acoge la gente de mala vida, para huir los preceptos puestos por la Iglesia de Dios, para defender la santidad del hogar doméstico.

Sobre todos los males es deplorable, la indiferencia con que se mira la invasion del protestantismo, y la pujanza de la masoneria, que amparadas por las leyes van minando el edificio social. Es público que en Madrid hay abiertas once capillas protestantes, y varias escuelas, asilos y hasta se trata de fundar una universidad, cuyo edificio hemos visto levantarse con actividad febril, desafiando las seculares instituciones que tanto honran á la capital de la Monarquía. Son varios los periódicos que han publicado listas de las logias masónicas que existen en España y sus colonias, funcionando con toda libertad, y envenenando todos los organismos sociales con que se relacionan.

Es decir, que estamos sobre un volcan, cuyo crater mal disimulado por ligera capa de ceniza, puede vomitar una erupcion de ardiente lava, en el momento menos pensado, y producir una conflagracion universal. ¿Pero que mas conflagracion ni mas infierno, que la blasfemia en boca de los niños, la insubordinacion en el ánimo de los adolescentes, el orgullo en las ocupaciones de los jóvenes, y el alejamiento de Dios, en las costumbres de muchas personas mayores,

(1) Thren. I, 1 et seq.
(2) Prov. XIV, 34.

que se van endureciendo á medida que envejecen? Y como el mal ejemplo cunde tan facilmente, en pueblecillos que mirados en el mapa, no abultan un grano de arena, tambien se dan conferencias protestantes, se remedan capillas, y se conspira contra la decencia privada y el órden público, con el más cínico descaro. Esos centros de corrupcion protestante y masónica, son el Getsemaní donde resuena el grito de traicion, lanzado á los cuatro vientos por los Judas modernos, que habiendo recibido las tiernas caricias de la madre patria, tanto mas dulces cuanto mas puras, y conformes con la doctrina del Crucificado, la venden con crueldad, besando hipócritamente su sagrado rostro, mientras empujan á las turbas á cometer el mas nefando de los sacrilegios.

Digno de notarse es, que el infame traidor, llamó á Jesús, *Maestro mio*, añadiéndole, *Dios te guarde*. Así hacen muchos en nuestros dias: viven en el mas desenfrenado libertinaje, fomentan la mas sordida codicia, duermen en las densas tinieblas de implacable usura, se distraen arruinando sus familias en el juego, danzan y se divierten con vertiginosa algazara en reuniones de donde se ha desterrado el pudor, y sin embargo, *oficialmente*, quieren pasar por modelo de honradez. Pretenden que Jesús sea modelo suyo, Dios suyo, falseando la idea católica, que á tanto equivale modelar el catolicismo, segun sus depravadas conciencias. Pero Jesús que no reconoce por suyas, mas que á las virtudes ejemplarísimas que el practicó, les pregunta ¿á quién buscais?

Muy sensible es tener que hablar de esta manera. Solo Dios sabe la vergüenza que nos causa, ver con tanta claridad en el caliz de amargura, los motivos que nuestra patria da al Redentor del mundo, para pedir al Padre, «que si es posible, no le de á beber este caliz,» pero Jesús lo bebe, y sufre la agonía, porque *es necesario que se cumplan las Escrituras*. (1) Como dice en otra parte: *es necesario que haya escándalos, pero ay de aquél por quien viene el escándalo*. (2) ¿Donde hallará el mundo, donde nuestra amada patria, alivio en tantas calamidades? Solo en la *oracion espiatoria*, solo apropiándose la penitencia con los sentimientos de Jesús en Getsemaní, que fortalecen nuestra debilidad, y son *el mayor consuelo en nuestra desgracia*.

IV.

Hora es ya de que oigamos la voz del cielo. Cuando en los paises de infieles está creciendo el catolicismo, cuando la Santa Sede aumenta las Diócesis, y envía á la viña del gran Padre de familias nuevos y celosos operarios, sería mengua

(1) Marc. XIV, 49.

(2) Luc. XVII, 1.

para nosotros que aqui se disminuyese. ¿Qué haremos pues para conjurar tamaño peligro? Esmerarnos en el cumplimiento de la ley de Dios, no contentarnos con formas exteriores de catolicismo, sino procurar con interés el conocimiento de nuestro Criador, amar con toda nuestra alma á nuestro amantísimo Redentor, cocperar con toda eficacia á los designios de J. C. y en una palabra, beber el caliz de la tribulacion, para purificarnos de nuestros pecados.

V. H. y A. H. Si cuando pensamos en el fin de nuestra creacion, y tratamos de cumplir lo que debemos á Dios para conocerle y poseerle, sentimos debilidad en nuestras fuerzas, ó dificultades en la virtud, dirigamos una mirada á *Getsemaní*, apropiémonos la pregunta de J. C. y considerando la debilidad y las dificultades como patrimonio de nuestra flaqueza, digamos á nuestra conciencia: ¿el caliz que me ha dado mi Padre, he de dejar de beberle? Si los enemigos de nuestra alma nos acosan, como lobos voraces á la errante oveja, y no sabemos el camino del redil donde nos aguarda el Buen Pastor, armémonos de valentía, y llenos de confianza en los auxilios de lo alto, fabriquémonos un *Getsemaní* en nuestro corazon, preguntándonos sin vacilar: ¿el caliz que me ha dado mi Padre, he de dejar de beberle?

No por cierto. Si es necesario para conocer á Dios y poseerle rendir el propio juicio, para que los mal entendidos fueros de la razon no nublen el entendimiento, ríndase el propio juicio, refórmese la vida, apártese la ocasion de pecar, arránquese el motivo de escándalo, grábense en nuestras costumbres y en nuestro mismo cuerpo las llagas de J. C. (1) para que no tengamos vida propia, sino que El viva en nosotros (2).

En medio de todo, es un consuelo, contemplar cierta reaccion saludable que se nota en la sociedad, que se va ya cansando de ser tan mala. Así lo dicen noticias autorizadas: muchos corifeos del error se han convertido, otros están vacilantes y solo falta para decidirlos, acabar con los malditos respetos humanos. Es bastante general el clamoreo que se levanta en todas partes á favor de la moralidad católica, porque se va conociendo por la esperiencia, que los hombres de talento, que desgraciadamente pertenecen á las sectas, cuando meditan con calma la verdad, se convencen, y vuelven la vista al único punto de salvación, que es el catolicismo práctico. Por el contrario, los católicos de solo nombre, los que se han dejado apoderar de la indiferencia religiosa, los que se han ido adormeciendo en brazos de la tibieza, pronto han declarado su perversion, y se han pasado al enemigo.

No respondemos de la noticia, porque tal está la prensa que todo necesita confirmacion auténtica, pero hemos leído hace

(1) Galat. VI, 17.

(2) Ibid. II, 2.

poco, que uno de los hombres que mas daño ha hecho y está haciendo á las buenas doctrinas, lamentándose en una Revista de la decadencia de España, clama por una restauracion radical, que por cierto, si se plantease debería castigar á todos los que como el, emplean sus fuerzas en pervertir á la sociedad. La generacion actual está cansada de fariseismo, y quiere vivir alimentándose de la verdad, para no acabar sus dias miserablemente.

Y no son solo particulares los que vuelven por los fueros de la justicia: tambien populosas ciudades como la industrial Barcino, conocen sus intereses, despiertan de su letargo, y dan espectáculos tan sorprendentes, como el que esta acaba de dar durante la santa Mision, que en diez y siete iglesias de su centro, y en las de los pueblos agregados á la capital, acaba de celebrarse. Calcúlanse en más de doscientas mil almas, las que han llenado los templos mas espaciosos de Barcelona y agregados, y en unas ochenta mil Comuniones, las que se han recibido en estos dias, habiéndose obrado una verdadera revolucion espiritual, de efectos maravillosos.

No hay que decir que han quedado cuatro quintas partes sin aprovecharse, porque cada uno de los asistentes era un propagandista, no se hablaba de otra cosa, y los periódicos repetian los discursos de los RR. PP. Misioneros. Los marinos de Barceloneta iban á oír, á los que habian dado la sopa á sus padres; este es el instinto del pueblo, siempre buscando la caridad verdadera. Como las turbas iban en pos del Salvador, porque sustentaba sus cuerpos con vianda material, y alimentaba sus espíritus con su celestial doctrina, así los pobres de hoy, buscan á los Religiosos, que hacen como el divino Maestro.

Y cuando pocos años atrás eran vilmente insultados los que vestian sayal religioso, en el presente, ha podido ir por las principales calles, con el más religioso silencio, en medio del inmenso concurso, numerosa comitiva de PP. Misioneros, con sus hábitos y su Crucifijo, cerrando la marcha el Ayuntamiento de la ciudad Condal, y la primera Autoridad de la provincia. No decimos más, sino que dueños de grandes establecimientos comerciales, han dado tregua á la agitacion por el alma de los negocios, á fin de pensar en el negocio del alma, asistiendo á la Mision con todos sus dependientes, y entre los espectáculos más tiernos, se cita el de la asistencia de millares de niños con los directores de sus Colegios á ejercicios espirituales, habiendo luego comulgado todos los que tenian edad para ello: que fueron once mil.

Es que Saulo va comprendiendo que es dura cosa dar contra el aguijon (1), y el rayo del amor divino ha de destruir el ídolo de la sociedad moderna, con igual facilidad con que

(1) Act. IX, 5.

la misteriosa piedrecita, derribó la estatua que Nabucodonosor viera en sueños. (1) Sobre todo el hacer tomar parte en la Mision á los niños, ha llamado mucho la atencion, y la prensa pedagógica, lo anota como un factor de gran valía para iniciar una saludable reaccion en la niñez y en la adolescencia. Apoyadas despues, por consejos y correcciones fuertes y suaves, pueden producir grandes resultados, en los destinos de los hombres del porvenir, porque sabido es que *el camino que toma el hombre en su juventud, no lo dejará aunque llegue á la vejez.* (2) Evidente cosa es por tanto, que la doctrina de Jesús, compendiada toda en la oracion del huerto, *es el mejor ejemplo para bien obrar.*

V.

Grandioso espectáculo, es el que anualmente se repite en Lérida, para inaugurar la Santa Cuaresma. El sentido práctico del pueblo, ha conocido que era un absurdo, aquel alarde de libertad, á que más bien como expansion festiva, que como manifestacion anticatólica, se entregaba rutinariamente, en la tarde del miércoles de Ceniza. Dia es este de meditacion y recogimiento: por las calles de la ciudad más bulliciosa de Cataluña, la Congregacion de la Buena muerte, hace una procesion de penitencia, mostrando á todos, los mortales despojos en que para la *vanidad de vanidades.* (3) Nadie ha osado impedirle, ni en los años de mayor efervescencia política, ha dejado de recorrer su curso acostumbrado, para significar que tambien las revoluciones, acaban con la muerte física de sus fautores, y con la moral de sus mentidas teorías.

Damos gracias al católico pueblo de Lérida, por el entusiasmo con que ha sabido dar cuerpo á la idea de celebrar un solemne Via-Crucis en público, recorriendo las principales calles de la capital, organizándose con este motivo la manifestacion más imponente que se ha visto. Todas las clases sociales, modestamente confundidas, acuden en pacifico ardor, á este acto de desagravio á la Magestad de Dios, por los pecados públicos del Carnaval, y para implorar el divino auxilio como disposicion para la Cuaresma.

Con el favor de Dios, se repetirá en este año la ya popular ceremonia, y á ella invitamos á todo el que se precie de amante de las verdaderas glorias de Lérida. No se trata de asistir á una procesion como la de Corpus, se trata de una manifestacion católica, de que se estime en cuanto es y en cuanto vale, la Pasion de Jesús, y la sangre que derramó

(1) Dan. II, 34.

(2) Prov. XXII, 6.

(3) Ecl. I, 2.

por nuestros pecados. Es una protesta pública, de que queremos vivir y morir en la fé de nuestros mayores, que nos hizo grandes en mejores tiempos y nos librará del cataclismo universal que nos amenaza.

Por esto si estamos interesados en que sea nuestro pueblo, el pueblo español de fé arraigada, aquel pueblo que sin melindres ni ficciones practica lo que cree, á la faz del mundo, es necesario que asistamos al Via-Crucis, que saldrá de la Santa Iglesia Catedral á las dos de la tarde del *Miércoles de Ceniza*, y acuda todo el mundo á engrosar las filas del ejército de aguerridos campeones que sin negar *al César lo que es del César*, no vacilan en *dar á Dios, lo que es de Dios* (1).

No se necesita menos que una espiacion pública de los pecados públicos, para restablecer el equilibrio moral tan alterado; el católico no solo ha de serlo en el rincon de su casa, sino en la visita, en las oficinas, en los comercios, en el paseo, en la calle, en los viajes y en todas partes.

Las madres de familia, cuidarán de que en este dia, no renazca en el hogar doméstico, la aficion á escursiones campes- tres, é inclinarán el ánimo de sus hijos y tambien de sus esposos, á tomar parte en el piadoso ejercicio. Los Presidentes de las Asociaciones católicas de todas clases, convocarán á los miembros de las mismas, y les recordarán la asistencia, tomándose este trabajo, no contentándose con mirar de lejos el cartel del anuncio, pegado en la puerta de la iglesia. Han de reunir á la Asociacion, manifestándole nuestro espreso deseo de que *todas*, tanto las de caballeros como las de señoras, asistan á la procesion, sin que sea inconveniente el que se pongan los escapularios que gusten, pues no está mal sino muy bien, que estas santas insignias salgan á la calle, cuando tantos objetos perversos ofenden la vista, y el oido de las personas timoratas.

Los Sres. Curas Párrocos de la capital, leerán esta Carta Pastoral el domingo de Quincuagésima, y recordarán con el celo que les distingue, la asistencia al Via-Crucis.

A los dueños de establecimientos comerciales, rogamos con todo encarecimiento, eviten con el mayor empeño, que sus dependientes vayan á divertirse, profanando el primer dia de Cuaresma, y escandalizando al católico vecindario. A todos en fin suplicamos, que procuren penetrarse del espíritu de recogimiento, que se imbuyan en la mortificacion exterior é interior tan propias del cristiano, que tomen la Santa Bula para los vivos y la llamada de difuntos, á quienes pueden prestar el señaladísimo servicio de abrirles las puertas del cielo.

Restauremos las costumbres piadosas de nuestros mayores, llénense los templos para oír la predicacion de la divina palabra, y fórmese un plan de vida para despues, que dure

(1) Math. XXII, 21.

todo el año, poniendo por base el cumplimiento del precepto pascual, y la frecuencia de los Santos Sacramentos. Así seremos verdaderos discípulos de Jesús, y pues aprendiendo de malos maestros se pierde el discípulo, aprendiendo del que no solo es bueno, sino mejor que todos, necesariamente se ha de salvar.

Sobre todas las cosas importa aprender la oracion, porque es el medio ordinario para que Dios nos conceda sus gracias, aquí pasa como en todos los asuntos, si se le cobra repugnancia, se pierde la aficion y nada aprovecha. No se explica, como facilmente entablamos relacion y aun amistad con personas casi desconocidas, y trabajamos tan poco en el conocimiento y relacion más útil que es la de Dios. Fácil cosa es llegar á El, acercándonos á J. C. y si no nos mueve su Pasion, y no se rinde nuestro corazon á la agonía y sudor de sangre, es que hemos perdido el sentimiento más delicado y humano que es la gratitud. Jesús está siempre dispuestó á recibirnos; sea nuestra conversion sincera, y no dudemos llegar á ella por la oracion, siempre que esta sea humilde, confiada y perseverante.

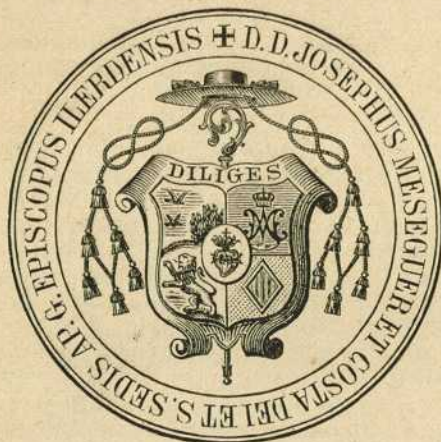
Suban las plegarias del pueblo español, las súplicas de nuestra amada diócesis al trono del Altísimo, perfumadas con la oracion de Jesús, y los dolores de su SSma. Madre. A ella debemos acudir bajo este cariñoso titulo, en la Cuaresma y en las azarosas circunstancias, que nos van poniendo en mortal agonía. Esta es la hora en que nos hagamos mercedores de que Jesús diga de nosotros que *no nos hemos perdido*, sino como El bebió el cáliz de la pasion, de una manera enteramente voluntaria, para granjearnos méritos infinitos, nosotros lo bebamos tambien con el corazon contrito, para espiacion de nuestros pecados particulares, y sobre todo de los pecados públicos, la traicion y apostasía, con que muchos arrojan al cieno la sangre de Jesús, blasfeman su sacratísimo nombre, profanan su dia santo, y desertan de su bandera.

El pueblo español, esa levadura social, que da carácter á nuestra nacionalidad católica, es naturalmente refractario á estos dos enormes pecados. Lo ha dicho en gráfica expresion un hombre célebre de la historia contemporánea: *en nuestro pueblo, los mandamientos de la ley de Dios, pueden tener algun trabajillo, pero el Credo está intacto*. Es frase del memorable Sr. Costa y Borrás, Obispo que fué de Lérida, Barcelona y Arzobispo de Tarragona. Es una gran verdad: hay pecadores pequeños y grandes tambien, y desde que se introducen las modas extranjeras, se infiltra más el veneno de la impiedad, pero si se vigilase un poco, sino se creasen tantas dificultades á todo lo español, á todo lo bueno, el aura del catolicismo, única admósfera en que podemos vivir, devolveria la vida robusta á este enfermo, cuyo malestar general con razon nos preocupa.

Estemos nosotros dispuestos á reparar tantas ofensas, no perdamos el momento de la gracia, Jesús nos la quiere regalar, acudamos á buscarla y sea el misterio de Getsemaní, la escuela de oracion, el baluarte de nuestra defensa, el bálsamo que cure nuestras heridas, el consuelo en nuestra grande afliccion, y el ejemplo en toda obra buena. Jesús agonizante en el huerto, y ensangrentado por nuestro amor, os bendice entrañablemente, por nuestra indigna mano, en nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espiritu ✠ Santo Amen.

Dado en nuestro Palacio episcopal de Lérida en la festividad de la Purificacion de Nuestra Señora, 2 de Febrero 1898.

JOSÉ, Obispo de Lérida.



Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Sr.

Liedo, Crescencio Esforzado,

Vice-Secretario.

Esta Carta Pastoral se leerá en la capital el domingo de Quincuagésima, y en las demás Parroquias en el más inmediato á su recibo, distribuyéndose á las Autoridades, Corporaciones y personas acostumbradas.